

Dieu. Josemaría Escrivá fondateur de l'Opus Dei, Paris, France-Empire, 1991³ (1ª ed. 1982), pp. 240-266; Julián HERRÁNZ, *Nei dintorni di Gerico. Ricordi degli anni con san Josemaría Escrivá & con Giovanni Paolo II*, Milano, Ares, 2005, pp. 13-112; Carlo PIOppi, *Alcuni incontri di san Josemaría Escrivá con personalità ecclesiastiche durante gli anni del Concilio Vaticano II*, SetD, 5 (2011), pp. 165-228; Álvaro DEL PORTILLO, *Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei* (a cura di Cesare CAVALLERI), Milano, Ares, 1992; Federico M. REQUENA – Javier SESÉ, *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona, Ariel 2002, pp. 99-131; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Carlo PIOppi

ROMA (1965-1975)

1. Clausura del Concilio Vaticano II. La etapa postconciliar. 2. Tareas de escritor y gobernante. 3. Años difíciles. 4. Una nueva juventud. 5. Viajes de catequesis.

San Josemaría transcurrió la última década de su vida en Roma, donde residía desde 1946-1947. Esos últimos diez años estuvieron presididos por la dicha de ver que el Opus Dei, fundado cuarenta años antes, se extendía por más de treinta países y duplicaba el número de miembros, llegados a sesenta mil a la muerte del fundador. Este periodo estuvo también jalado por sus esfuerzos para que la Santa Sede revisara el estatuto jurídico del Opus Dei y le otorgara una solución institucional acorde con el carisma recibido el 2 de octubre de 1928. Los años 1965-1975 fueron además testigos de los desvelos de san Josemaría para garantizar la fidelidad a la doctrina católica de los miembros del Opus Dei y de otras muchas personas, que se vieron expuestas a lo que se dio en llamar “crisis del postconcilio”.

1. Clausura del Concilio Vaticano II. La etapa postconciliar

San Josemaría vivió la crisis postconciliar con sufrimiento interior, espíritu de

desagravio y esperanza. Lejos de caer en un estéril lamento, se prodigó en una amplia tarea de formación doctrinal. Esta labor fue llevada a cabo por escrito y también en forma oral, en buena parte a través de sus *catequesis* por varios países de Europa y América.

El Concilio Vaticano II, que había iniciado su cuarta y última sesión en septiembre de 1965, culminó sus trabajos el 8 de diciembre de ese mismo año. Unos días antes, el 21 de noviembre, el papa Pablo VI había querido presidir la inauguración del Centro ELIS, dando así la posibilidad a los padres conciliares, presentes en Roma, de conocer personalmente esa iniciativa apostólica confiada al Opus Dei por su predecesor.

Tras la conclusión del evento conciliar, Pablo VI se dedicó a su aplicación y abordó una serie de importantes reformas. El Papa instituyó el Sínodo de los Obispos, como instrumento visible de la participación de los pastores locales en el gobierno central de la Iglesia, e impulsó la organización de las Conferencias Episcopales en cada país. Alentó la restructuración de la Curia Romana (*Regimini Ecclesiae universae*) que, entre otras cosas, reformaba el Santo Oficio, desde entonces Congregación para la Doctrina de la Fe, y suprimía el Índice de libros prohibidos. Al mismo tiempo, la Secretaría de Estado ganaba en importancia, y se convertía en la pieza clave de toda la Curia. Se crearon los Secretariados para la unidad de los cristianos, para los no cristianos y los no creyentes; el Consejo para los laicos y la Comisión *Iustitia et Pax*. Igualmente, se establecieron nuevas medidas para la regulación del cónclave y la elección del Romano Pontífice. Entre las innovaciones de mayor trascendencia se encontraba la reforma litúrgica, que ya se había iniciado durante el Concilio, teniendo como fundamento la Const. Dogm. *Sacrosanctum Concilium*. En el contexto de esa reforma, el Papa promulgó, en agosto de 1965, la Cart. Enc. *Mysterium fidei*, sobre la doctrina y el culto a la Eucaristía, en la

que reafirmaba la doctrina sobre el carácter sacrificial de la Misa y sobre la Transustanciación.

A comienzos de 1966, san Josemaría convocó en Roma a los consiliarios del Opus Dei de todo el mundo, para estudiar con ellos el modo de aplicar las directrices del recién concluido Concilio. El Vaticano II había abordado algunos puntos que venían siendo tema central de las enseñanzas del fundador desde los inicios del Opus Dei: la llamada universal a la santidad, la participación de todo cristiano en la misión de la Iglesia, el valor de las realidades terrenas, el pluralismo y la libertad de los cristianos en las cuestiones temporales, el carácter vocacional de toda condición cristiana. Además, con la figura de las prelaturas personales –contempladas en el Decr. Conc. *Presbyterorum Ordinis*– el Concilio había abierto la puerta a la configuración jurídica definitiva para el Opus Dei.

En otro orden de cosas, la conclusión del Concilio supuso para san Josemaría la recuperación de su principal colaborador, Álvaro del Portillo, que en los años precedentes se había dedicado intensamente al gran evento eclesial, lo que les había dificultado, entre otras cosas, salir de Roma por largos periodos de tiempo.

Aprovechando la nueva situación, en la primera quincena de marzo de 1966, san Josemaría hizo un viaje a Grecia, acompañado por Álvaro del Portillo, para evaluar las posibilidades de comenzar allí el trabajo apostólico del Opus Dei. Durante el año anterior, había impulsado el inicio de la labor del Opus Dei en Bélgica y en Nigeria. Después del viaje por Grecia, en abril de 1966, se celebró el cuarto Congreso General del Opus Dei, que reflexionó sobre el modo de abordar la tarea apostólica en el contexto postconciliar.

Junto a los importantes frutos que el Concilio ofrecía a la Iglesia, san Josemaría venía percibiendo un clima de creciente confusión en ámbito teológico que, velozmente, manifestaba sus consecuencias

negativas en el campo litúrgico y pastoral. El fundador del Opus Dei veía con preocupación cómo se generalizaban numerosos abusos en la administración de los sacramentos y en la enseñanza del *Catecismo*, sin que, en muchas ocasiones, las autoridades eclesíásticas ofrecieran una orientación clara. Ciertamente, la crisis de esos años no era un fenómeno exclusivamente católico (estaba en marcha una profunda mutación de la sociedad occidental, que se manifestaba en un notable cambio de costumbres), pero tenía raíces eclesiales propias.

En este contexto de luces y sombras, san Josemaría decidió cambiar la línea de conducta, caracterizada por escasas intervenciones en la vida pública, y comenzó a pronunciarse en público, por escrito y de palabra, cada vez con más frecuencia.

2. Tareas de escritor y de gobernante

El notable crecimiento que estaba experimentando el Opus Dei en esos años había atraído la atención de los medios de comunicación y san Josemaría aprovechó esta circunstancia para conceder entrevistas a periodistas de Francia, Estados Unidos, España e Italia. Entre los años 1966 y 1968, algunas de estas entrevistas se publicaron en diarios de gran difusión y, en 1968, todas ellas se editaron en un volumen titulado *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, que pronto se tradujo a las principales lenguas y conoció numerosas ediciones.

En esas entrevistas, a la vez que se ocupaba de temas de especial actualidad doctrinal en la Iglesia del momento, san Josemaría afrontaba cuestiones relacionadas directamente con la naturaleza y actuación del Opus Dei y de sus fieles. Le movían en esa dirección dos intenciones. De una parte, poner de manifiesto a través de las redes de comunicación los puntos centrales del mensaje espiritual del Opus Dei (la llamada universal a la santidad, la dignidad y el valor santificador del traba-

jo, la consideración del matrimonio como vocación...), y de otra, salir al paso de algunas afirmaciones erróneas que se estaban difundiendo. El fundador explicó, con insistencia, el carácter exclusivamente espiritual de la misión del Opus Dei y la libertad de sus miembros en todos los ámbitos profesionales, sin excluir la política, la economía y las finanzas, saliendo así al paso de algunos medios de comunicación, de España y de otros países, que presentaban al Opus Dei como un grupo de poder.

Tras muchos años de silencio, san Josemaría decidió que, también ante los ataques injustos que recibía el Opus Dei, era necesario hablar y no seguir tolerando acusaciones gratuitas. Una excepción a esta línea de acción fue el silencio que, por tratarse de un tema estrictamente personal, mantuvo, e hizo mantener, ante el revuelo que se levantó, a raíz de la rehabilitación del título de marqués de Peralta en 1968. San Josemaría quiso solicitar este título nobiliario –al que, según reconocidos expertos, tenía derecho– para entregárselo a su hermano y a sus descendientes como reconocimiento por los sacrificios que su familia había afrontado para ayudarle a llevar adelante la fundación del Opus Dei.

San Josemaría también impulsó la siembra de buena doctrina alentando la puesta en marcha de iniciativas editoriales que facilitaran su difusión y articulando instrumentos que suministraran orientaciones claras sobre lecturas y espectáculos. Igualmente estimuló a los profesionales de los medios de comunicación para que, sin complejos, difundieran la verdad con caridad. También animó a muchos padres de familia para que organizaran colegios que se adecuaran a los principios cristianos.

La universidad fue para san Josemaría un areópago privilegiado desde el que difundir la luz de la verdad. Lo hizo como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, otorgando –en cuatro actos de investidura, celebrados entre 1967 y 1974–, el grado de Doctor *honoris causa* a trece

intelectuales, europeos y americanos, que armonizaban un alto nivel académico con una sólida defensa de valores humanos fundamentales.

La concesión de estos doctorados ofreció a san Josemaría, además, la posibilidad de reunirse con grupos numerosos de personas. Por ejemplo, en octubre de 1967, celebró la Misa y predicó, en el Campus de la Universidad, ante unas treinta mil personas que habían acudido de toda España. El año anterior había comenzado a impulsar la creación de una Facultad de Teología en la Universidad de Navarra, contando con el apoyo de la Conferencia Episcopal Española. También en estos años, concretamente en 1969, san Josemaría promovió el nacimiento de la Universidad de Piura, en Perú.

Como se ha visto, durante la segunda mitad de los años sesenta, san Josemaría había aumentado su presencia pública. No obstante, su principal actividad como fundador del Opus Dei continuó siendo la tarea de gobierno y formación de sus miembros, que desarrolló desde su sede central en Roma, en jornadas de trabajo intenso.

Los actos de piedad y las horas de trabajo no dejaban a san Josemaría más tiempo libre que el que dedicaba a las tertulias con sus hijos, especialmente con los que se encontraba en el Colegio Romano de la Santa Cruz y, con sus hijas, en el Colegio Romano de Santa María. También dedicaba diariamente un tiempo a atender visitas. Habitualmente, antes del almuerzo, recibía, durante más de una hora, a personas que acudían de todas partes del mundo en busca de consuelo o de consejo espiritual.

Dentro de esa lógica de atención prioritaria a sus hijos espirituales, se explica que los mayores esfuerzos literarios de san Josemaría no tuvieran como objetivo primario la edición de publicaciones, sino la formación de los miembros del Opus Dei y la preparación de escritos que glosaran su espíritu. Con ese objetivo, durante el vera-

no de 1965, concluyó la tarea, iniciada tres años antes, de ultimar, partiendo de textos de fechas muy anteriores, un conjunto de documentos a los que designó como *Cartas*. Se trata de treinta y siete escritos destinados a exponer el espíritu y los modos apostólicos del Opus Dei, así como el alcance y el sentido de las diversas fases de su itinerario jurídico. Igualmente, en ese verano, procedió a completar las *Instrucciones*, que recogen, junto a criterios de fondo, experiencias y orientaciones prácticas referentes a aspectos concretos de la labor formativa y apostólica.

San Josemaría llevó a cabo la terminación de este trabajo en Roma y en el periodo de verano que pasó en una finca de labranza situada en Castelletto del Trebbio, a unos veinte kilómetros de Florencia. Allí también transcurrió el periodo estival del año 1966. Al final de ese verano los médicos le diagnosticaron insuficiencia renal e hipertensión no severa, que se fue agudizando en los años posteriores. Se imponía atender más al descanso, tarea no fácilmente armonizable con el ritmo de trabajo que se asignaba al fundador.

En marzo de 1967, san Josemaría dirigió a los miembros del Opus Dei la carta *Fortes in fide*. El título de esa carta está tomado de la versión latina de la primera de las epístolas de san Pedro (1 P 5, 9). Es un documento muy extenso (ciento noventa páginas) que constituye en su totalidad una invitación a la firmeza en la fe, con el deseo de adherirse al Año de la Fe, que había sido convocado por Pablo VI un mes antes, el 22 de febrero de 1967, y que terminó con la proclamación por el Papa del llamado Credo del Pueblo de Dios. Ese verano, san Josemaría lo pasó en Roma, salvo tres semanas de agosto en las que se trasladó a Gagliano Aterno, localidad de los Abruzzos.

3. Años difíciles

En junio de 1967, Angelo dell'Acqua –gran amigo de san Josemaría–, había de-

jado el cargo de Sustituto de la Secretaría de Estado en manos de Giovanni Benelli. Cuatro meses después, Mons. Dell'Acqua (creado cardenal) se convertiría en el Vicario de Pablo VI para la diócesis de Roma, cargo que ejerció hasta su fallecimiento en agosto de 1972. El cambio producido en la Secretaría de Estado iba a tener importantes consecuencias para el fundador del Opus Dei.

Las relaciones de san Josemaría con el papa Pablo VI habían sido fluidas desde el inicio del pontificado. La primera audiencia había tenido lugar el 24 de enero de 1964 y se habían encontrado, nuevamente, en octubre de ese mismo año. En esas ocasiones abordaron, entre otros asuntos, la cuestión institucional del Opus Dei. San Josemaría buscaba, desde años atrás, un encuadre jurídico más adecuado que el que ofrecía la figura del instituto secular. Esta cuestión se presentaba para el fundador como un grave deber de conciencia.

En esas audiencias, el Papa le había comunicado que, terminado el Concilio, sería el momento de plantear el tema. Efectivamente, Pablo VI en el *Motu Pr. Ecclesiae Sanctae*, del 6 de agosto de 1966, desarrolló la previsión del *Decr. Presbyterorum Ordinis*, sobre sob sobre la figura jurídica de las prelaturas personales. El camino para la solución jurídica del Opus Dei estaba abierto y sólo quedaba esperar el momento oportuno para plantear el cambio de configuración canónica.

San Josemaría, desde la mitad de los años sesenta, sintió la necesidad de contribuir a hacer frente a la difícil situación que ya percibía en la Iglesia. Desde esas primeras audiencias con Pablo VI, el fundador del Opus Dei había ofrecido al Papa informaciones que consideraba de interés. La fluidez en las relaciones se mantuvo hasta el verano de 1967. Como ya se mencionó, en noviembre de 1965, el Papa había inaugurado el Centro ELIS; y nuevas audiencias se celebraron en enero de 1966 y en julio de 1967. Sin embargo, tras

el cambio producido en la Secretaría de Estado durante el verano del 67, san Josemaría no volvió a ser recibido por el Papa hasta junio de 1973; es decir, hasta seis años después. El Papa desconocía que san Josemaría había pedido audiencia en diversas ocasiones, pero que esas peticiones habían sido interceptadas, impidiendo que siguieran su curso normal. Como se verá más adelante, cuando las audiencias reemprendieron su ritmo, el Papa comentó a san Josemaría su extrañeza porque no le hubiera ido a ver durante esos años.

El año 1968 dejó una profunda huella en la sociedad occidental, simbolizada por el mayo francés. Dos meses después, se promulgó la *Cart. Enc. Humanae Vitae*, que dio paso a un nuevo clima en el Pontificado de Pablo VI. Un cambio que ha sido calificado como el paso de la confianza y el optimismo, al temor y a la defensa. Se desató la contestación dentro de la Iglesia, al socaire de un generalizado movimiento anti-institucionalista, que cuestionaba toda autoridad; y se verificó una atracción por el marxismo revolucionario, que llevó rápidamente a la secularización de personas e instituciones.

San Josemaría transcurrió el periodo estival de 1968 en Varese, al norte de Italia, donde trabajó en la revisión de sus *Apuntes íntimos*. Por aquellas fechas, su salud continuaba siendo motivo de preocupación para los médicos, que le recomendaron que no durmiera menos de siete horas y media al día. Esos problemas de salud no pueden desligarse completamente del sufrimiento interior con que el fundador vivió esos momentos.

Durante la primavera de 1969, san Josemaría llegó a conocimiento de que, en la Curia Romana, se había constituido una comisión para revisar los Estatutos del Opus Dei, a sus espaldas. El modo de proceder y las personas que integraban la comisión evidenciaban hostilidad respecto al fundador. San Josemaría, acogiéndose a las disposiciones conciliares, y con las

autorizaciones oportunas, abrió un periodo congresual en el Opus Dei.

Transcurrió el verano de 1969 en Premeno –junto al lago Mayor, al norte de Italia–, donde continuó trabajando en la preparación de ese Congreso General Especial. En septiembre de 1969, envió al Papa una carta en la que, de modo claro y determinado, hacía ver la injusticia que se pretendía llevar a cabo contra el Opus Dei. En octubre de 1969, la comisión para revisar los estatutos del Opus Dei se disolvió, sin haber llegado a actuar. El Congreso General Especial convocado por el fundador continuó estudiando la modificación de la configuración jurídico-canónica del Opus Dei, preparando así el terreno para la que sería, años después, la erección como prelatura personal.

Las manifestaciones de desconfianza que llegaban desde la Secretaría de Estado no cesaron hasta mediados de 1973. La falta de entendimiento entre san Josemaría y los altos jerarcas de la Secretaría de Estado, Villot y Benelli, pudo estar motivada por el distinto modo de entender cuál debía ser la actuación del Opus Dei y de sus miembros ante la situación político-religiosa que se vivió en España durante los últimos años del franquismo. Algunos habían pretendido que san Josemaría diese consignas políticas a los fieles del Opus Dei, cosa que no había hecho nunca, por considerarlo contrario a la libertad de que gozan las personas del Opus Dei en cuestiones opinables, línea de conducta que mantuvo. Esa fue, en todo caso, una actitud de sospecha particularmente dura para san Josemaría, por el hiriente contraste que ofrecía con el talante de diálogo que caracterizó el pontificado de Pablo VI.

Los acontecimientos de 1969-70 marcaron una divisoria en el último decenio de vida de san Josemaría. Fue grande el sufrimiento que le causó esa situación, sobre todo por la dificultad para comunicarse directamente con el Santo Padre y, en consecuencia, para aclarar posibles

malentendidos. Ciertamente, esas circunstancias no eran las más adecuadas para abordar la cuestión institucional del Opus Dei, así que el fundador se concentró en rezar y hacer rezar por esa intención. Y, sobre todo, en poner todo lo que estuviera en su mano para contribuir a mejorar la situación de la Iglesia, que le hacía padecer grandemente. En aquellos momentos, Pablo VI empezaba a describir con tintes apocalípticos la grave crisis que se manifestaba, visiblemente, en una sangría de efectivos eclesiásticos, en el desmoronamiento del asociacionismo católico, y en un fuerte movimiento de contestación interna. Durante los primeros años setenta, el Papa llegó a emplear expresiones como “descomposición de la Iglesia”, “intentos de reinventar la Iglesia”, y otras similares.

Durante el mes de mayo de 1970, san Josemaría hizo una peregrinación al santuario de la Virgen de Guadalupe en México. El contenido de la oración de esas jornadas –intensa petición por la Iglesia, por la Obra y por el apostolado cristiano en general– expresa muy bien el clima interior de esos momentos de crisis. Las visitas a santuarios marianos, presentes a lo largo de toda su biografía, se intensificaron en esta etapa. En esas peregrinaciones san Josemaría pedía con insistencia el final de lo que llamó “el tiempo de la prueba” para la Iglesia.

4. Una nueva juventud

Ciertamente, no todo fue motivo de sufrimiento para san Josemaría durante estos años. La etapa que se abrió en 1970 se caracterizó por algunas inspiraciones sobrenaturales –locuciones divinas, en palabras del fundador–, que le reportaban a la mente textos de la Sagrada Escritura dotados de un preciso significado: “*Si Deus nobiscum, quis contra nos?*” (8-V-1970); “*Clama ne cesses!*” (6-VIII-1970); y “*Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur*” (23-VIII-1971). Se podría hablar de una intensifica-

ción de su unión con Dios, concretamente de un crecimiento de la acción del Espíritu Santo, que le llevó a una nueva juventud interior. En mayo de 1971, san Josemaría consagró el Opus Dei al Espíritu Santo. Empezaron a ser frecuentes en estos meses las referencias explícitas de san Josemaría a su “juventud interior”, que se hicieron más intensas desde que alcanzó los setenta años.

Ese rejuvenecimiento interior se produjo, precisamente, mientras sus condiciones de salud se agravaban velozmente. La insuficiencia renal crónica empeoró, provocándole la hinchazón de las articulaciones de brazos y rodillas, con derrames sinoviales y fuertes molestias. Se prolongaron las noches insomnes y el extremo cansancio. Y se le formaron cataratas en los ojos, que le llevarían a una notable pérdida de visión durante los seis meses anteriores a su fallecimiento. El ofrecimiento de su vida por la Iglesia y por el Papa comenzó a ser habitual en la oración del fundador del Opus Dei.

En este contexto, san Josemaría impulsó dos grandes tareas, a las que le gustaba calificar como sus últimas “locuras”: el santuario de Torreciudad, cerca de Barbastro, cuya construcción se inició en 1970; y la sede definitiva del Colegio Romano de la Santa Cruz, en Roma, que se comenzó a edificar un año después.

Las tareas de gobierno del Opus Dei continuaron ocupando buena parte de las energías de san Josemaría. Durante estos últimos cinco años, el fundador se centró en consolidar el trabajo apostólico en los países en los que el Opus Dei estaba presente; el último en que se había iniciado la labor era Puerto Rico, en 1969. Durante los veranos de esos años mantuvo su costumbre de pasar algunas semanas en distintas localidades italianas: Premeno, 1970; Caglio (Como), 1971; Civenna (Como), 1972 y 1973. En estos lugares, siguió dedicando mucho tiempo a la escritura y a la revisión de textos para la publicación.

Desde 1968, san Josemaría había abandonado el género de las entrevistas para difundir su palabra mediante la publicación de homilías. El fundador del Opus Dei pensaba que el género entrevista había dado ya todo lo que podía aportar, al tiempo que había descubierto una posibilidad de contacto con los medios de comunicación social diversa y especialmente acorde con su condición sacerdotal.

El material escrito de su propia predicación del que san Josemaría disponía era muy abundante. Desde los años treinta, las personas que estaban junto a él tomaban notas de sus meditaciones y pláticas. Desde los años sesenta, además, se había procedido a registrarlas en cinta magnetofónica y posteriormente a transcribirlas. Tomando como base ese material, publicó cinco homilías entre noviembre de 1968 y mayo de 1969, cuatro entre marzo de 1970 y marzo de 1971, y nueve entre febrero y diciembre de 1972. Al año siguiente, reunió en un libro, titulado *Es Cristo que pasa*, esas dieciocho homilías.

La preparación de las homilías para su publicación corrió paralela a la redacción de otras cuatro *Cartas*, dirigidas a los miembros del Opus Dei. Desde años atrás, san Josemaría tenía la costumbre de escribir una carta a las promociones de fieles del Opus Dei que iban a recibir la ordenación sacerdotal. Se trataba, de ordinario, de cartas breves: un folio, o incluso algo menos. En 1971 decidió enviarles un texto más largo. Determinó, a la vez, que se imprimiera y se hiciera llegar también a los demás miembros del Opus Dei. Para situar esta carta en su contexto, conviene recordar que, en octubre y noviembre de ese mismo año, había tenido lugar la Segunda Asamblea General del Sínodo de los Obispos, cuyo primer tema de estudio sería *De sacerdotio ministeriali*. En aquellos momentos, existía un áspero debate en torno a la "identidad del sacerdote", que se podría simbolizar en la contestación que las enseñanzas propuestas por Pablo VI en la

Cart. Enc. *Sacerdotalis coelibatus* (1967) habían recibido en el Sínodo pastoral de la Iglesia en Holanda (1966-1970).

La *Carta* a los sacerdotes de 1971 anticipó, de algún modo, tres *Cartas* más que, entre marzo de 1973 y febrero de 1974, san Josemaría dirigió a todos los fieles del Opus Dei. Aludiendo a la antigua costumbre de convocar al pueblo para la santa Misa mediante tres toques sucesivos de campana, las calificó como "las tres campanadas". La primera de estas *Cartas* está fechada el 28 de marzo de 1973; la segunda, el 17 de junio de ese mismo año; la tercera, el 14 de febrero de 1974. En ellas, san Josemaría, como fundador, ofrecía luces para discernir en la compleja situación que vivían la Iglesia y el mundo en esos años.

En 1973, san Josemaría decidió publicar –sin incluirlas en *Es Cristo que pasa*, probablemente para no romper la unidad temática de esta obra– tres meditaciones de contenido eclesiológico, íntimamente relacionadas con la situación de la Iglesia de esos años. Los títulos con los que las dio a la imprenta son significativos: *El fin sobrenatural de la Iglesia*, *Lealtad a la Iglesia*, y *Sacerdote para la eternidad*. Contemporáneamente, inició la preparación de otra serie de homilías, de las que seis fueron publicadas en vida; junto con otras diez, que dejó muy avanzadas, formaron el libro *Amigos de Dios*, que vio la luz póstumamente

5. Viajes de catequesis

No obstante, desde el final de los años sesenta, san Josemaría consideró que la labor literaria no era respuesta suficiente ante la grave situación que atravesaban muchos católicos. Según sus propias palabras, le "dolía la Iglesia", le dolían las almas. De este modo, sus crecientes limitaciones físicas y su edad no fueron obstáculo para que emprendiera una tarea de catequesis que le llevó a encontrarse y a hacer llegar su voz a muchas personas. Entre 1970 y

1975, san Josemaría tuvo ocasión de hablar directamente a decenas de miles de personas, que en centenares de “tertulias”, encontró por Europa y América.

Ya en abril de 1968, en Roma, el fundador del Opus Dei había tenido encuentros con jóvenes universitarios de diversos países del mundo, que se repetirían en los años sucesivos. También, durante el viaje a México de 1970, tuvo ocasión de reunirse con muchas personas. Pero fue en 1972, cuando inició sus “viajes de catequesis” propiamente dichos. El primero se llevó a cabo en la Península Ibérica, durante los meses de octubre y noviembre de 1972. Se celebraron encuentros en Pamplona, Bilbao, Madrid, Oporto, Fátima, Lisboa, Sevilla, Valencia y Barcelona, durante los que san Josemaría se reunió con más de 150.000 personas. Muchos de estos encuentros fueron filmados. El siguiente viaje de catequesis tuvo lugar en 1974. Para entonces ya se habían producido algunos cambios en la actitud de la Curia romana respecto a san Josemaría, que hacían pre-sajiar el final del forzado aislamiento.

En junio de 1973, san Josemaría tuvo ocasión de encontrar nuevamente a Pablo VI. El Papa le recibió en una audiencia larga y de gran cordialidad en la que manifestó su sorpresa por el mucho tiempo transcurrido desde su último encuentro. Durante la audiencia, Pablo VI animó a san Josemaría a presentar la documentación necesaria para proceder a la revisión de la cuestión jurídica del Opus Dei. En los meses siguientes, san Josemaría impulsó esa tarea de manera que, en octubre de 1974, pudo aprobar el proyecto de Código de Derecho Particular del Opus Dei y ultimar la documentación que, llegado el momento, habría que presentar ante la Santa Sede.

Mientras tanto, había tenido lugar el primer viaje de catequesis por América, que llevó a san Josemaría a recorrer gran parte de Latinoamérica (Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela), entre

finales de mayo y finales de agosto de 1974. Esta primera catequesis americana fue continuada, en febrero de 1975, con un viaje a Venezuela y Guatemala. En ambos viajes, su grave estado de salud le impidió desarrollar todo el programa previsto, pero aun así fueron muchos los encuentros que tuvo con miles de personas. San Josemaría, movido por una sorprendente fuerza interior, derrochaba –como atestiguan las numerosas filmaciones–, energía y buen humor, y sembraba sana doctrina y esperanza, aun encontrándose muy limitado físicamente por problemas respiratorios, fiebre, creciente insuficiencia cardiaca y fuertes limitaciones en la visión.

Pablo VI decidió que el año de 1975 fuera declarado “año santo”. A diez años del Vaticano II, el Papa concibió esta convocatoria como una oportunidad para el discernimiento y como una ocasión para restañar las profundas divisiones y fuertes tensiones que surcaban la Iglesia. Millones de personas acudieron a Roma para ganar el jubileo. Al final de ese año, el Papa entregó su último gran documento, la Exhort. Ap. *Evangelii nuntiandi*, con el que pretendía relanzar a la Iglesia en su empeño evangelizador, como inicio de una nueva etapa.

En todo este período, san Josemaría renovaba cada vez con más frecuencia el ofrecimiento de su vida por la Iglesia y por el Papa. En marzo de 1975, al regreso de su segundo periplo americano, el fundador del Opus Dei celebró, en la intimidad, sus bodas de oro sacerdotales. En mayo de 1975, tuvo ocasión de hacer un último viaje a Barbastro donde recibió la Medalla de Oro de la ciudad y aprovechó para visitar una de sus últimas “locuras”, el santuario de Torreciudad, recién terminado. A su regreso visitó diversas veces Cavabianca, la segunda de sus locuras, que también consiguió ver terminada. Sólo faltaba la que en alguna ocasión había calificado como la tercera y última de esas locuras, que, según sus propias palabras, consistiría en “morirse a tiempo”.

El 26 de junio de 1975, san Josemaría falleció de un ataque cardiaco cuando llegaba a su habitación de trabajo, después de un encuentro con las alumnas del Colegio Romano de Santa María, en Castelgandolfo. Antes de salir hacia Castelgandolfo, había hecho llegar a Pablo VI, por última vez, el mensaje de que ofrecía su vida por su persona y por la Iglesia.

Voces relacionadas: Concilio Vaticano II; Expansión apostólica del Opus Dei; Visión sintética; Gran Bretaña; Italia; Juan XXIII; Pablo VI; Pío XII; Itinerario jurídico del Opus Dei; Colegio Romano de la Santa Cruz; Colegio Romano de Santa María; Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones a; Viajes apostólicos; Yauyos, Prelatura de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 475-773; AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; Antonio ACERBI, "Il pontificato di Paolo VI", en Maurilio GUASCO (ed.), *Storia della Chiesa. Chiesa del Vaticano II (1958-1978)*, Milano, San Paolo, 1994, pp. 58-99; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 2002⁶; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; François GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1984; Diego MARTÍNEZ CARO - Alejandro CANTERO FARIÑA, "¡Santificado sea el dolor! Aspectos médicos de la biografía del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer", *ScrTh*, 34 (2002), pp. 605-621; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

Federico M. REQUENA

ROMANO PONTÍFICE

1. El amor al Romano Pontífice en la vida de san Josemaría. 2. El amor al Papa en la doctrina de san Josemaría.

San Josemaría vivió y predicó con fuerza la unidad con el Romano Pontífice como rasgo esencial de la vida cristiana. Daremos, por eso, primero, algunas pinceladas sobre su amor al Papa, y luego expondremos las líneas básicas de su doctrina.

1. El amor al Romano Pontífice en la vida de san Josemaría

En uno de los primeros textos, en 1930, escribía: "obedecer al Papa, hasta en lo mínimo, es amarle. Y amar al Padre Santo es amar a Cristo y a su Madre, a nuestra Madre Santísima, María. Y nosotros sólo aspiramos a eso: porque les amamos, queremos que *omnes cum Pedro ad Iesum per Mariam*" (*Apuntes íntimos*, n. 110: AVP, III, p. 97, nt. 1). La comunión con el sucesor de Pedro se encuentra en una línea de continuidad que nos lleva a Jesucristo y a la Trinidad, por medio de la Iglesia. "Jesús es el Modelo: ¡imitémosle! Imitémosle, sirviendo a la Iglesia Santa y a todas las almas. «Christum regnare volumus» «Deo omnis gloria» «Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam». Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas" (*ibidem*, n. 171: AVP, I, p. 306). Y en la *Instrucción* de 19-III-1934: "Cristo. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?" (comentada en CECH, p. 722).

Esta conciencia cristocéntrica, mariana y petrina aparece con fuerza también en *Camino*: "Si tú quieres..., llevarás la Palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que «omnes cum Petro ad Iesum per Mariam»" (C, 833; cfr. CECH, p. 928;